

Despuntaba el alba y Juan mantenía sus temblorosas manos debajo del chorro del agua caliente. De ese modo, creo que trataba de contener en su interior esa turbulenta mezcla de rabia y anhelo dulce que le recorría las venas. Había dejado entornada la puerta del baño y yo lo observaba desde el cuarto de enfermería, atenta por si debía socorrerle.

Al inicio del turno, una vez repartidas las primeras tareas, me acerqué para verle de soslayo. Infringiendo las normas, le proporcioné una crema casi milagrosa contra el agarrotamiento, pues, tras varias noches mal dormidas, —encogido en el desvencijado sillón— sus articulaciones apenas respondían.

Para colmo de males, sus pantorrillas se encontraban en la misma situación, o peor. Más bien evocaban a un oso pardo aletargado: pesadas, somnolientas, indiferentes al insistente trino —ese gorjeo alegre y musical— de las tempraneras golondrinas.

Aun así, cuando Juan lograba incorporarse para verlas cruzar el cielo bajo los primeros rayos, solía decirme con una leve sonrisa:

*—Otra mañana comienza, María, y bien podría resultar insólita.*

Hablamos de la alborada: un espectáculo natural que, con la apertura de las ventanas, permitía la intromisión de un bendito soplo de aire fresco, recibido como agua de mayo para mitigar el ambiente cargado que imponía la poderosa calefacción del edificio.

Las primeras lluvias otoñales solían coincidir con el cierre del mes de septiembre, y los días comenzaban a oscurecerse prematuramente, envolviendo las estancias en una melancolía persistente. No obstante, con la luz recién nacida, el **Hospital Universitario de Fuenlabrada** parecía concederle a sí mismo una breve tregua. Cuando el bullicio aún no había tomado posesión de los pasillos, el edificio todavía se asemejaba a un **libro** abierto en silencio.

Mientras Juan inspeccionaba minuciosamente su rostro en el espejo, continuaba achicharrando sus manos bajo el grifo, como si quisiera robar serenidad al hilo de agua que descendía hacia el desagüe. Buscaba en el reflejo la añorada mirada de su niñez,

aquella que fue vigilada por manos maternas atentas a cada fiebre, cada tropiezo. Esas mismas manos que, años después, aprendieron a explorar su propio cuerpo, con la disciplina temerosa de quien presente que algo puede no ir bien.

Mas yo creía conocer la causa de su obsesión. Intuía que albergaba un sentimiento desolador que trascendía su organismo. Y, sin embargo, fue una persona afortunada. Disfrutó del tiempo suficiente para experimentar cómo un hijo quiere a su madre y cómo, con los años, termina cuidándola con la misma ternura con la que un día fue sostenido.

En mi opinión, Juanito —como lo llamaban sus amigos— alcanzó cierta sabiduría. Cuando su fe vacilaba, se repetía que la vida no podía carecer de sentido y que debía poseer, como condición indispensable, una continuidad.

Ahora bien, confieso con pudor que el cumplimiento de mi deber no me eximía de una honda aflicción. Para apartarla, jugaba a realizar cálculos absurdos: si sumáramos los kilómetros que Juan había recorrido por los pasillos y galerías, bien podría haber completado el entrenamiento de un buen maratoniano.

Con cierta malicia, aquella costumbre me resultaba entrañable. Sus caminatas lo hacían parecer un pequeño Lazarillo, aunque guiado por un perro invisible que olfateaba cada esquina en busca de un mendrugo y, de paso, del lugar idóneo donde aliviarse.

Pero la cosa no acababa ahí. Pues poco después, mi buen Juan decidió complementar su rutina con un nuevo itinerario. A media tarde acudía al despacho y solicitaba —en broma o en serio— un billete de ida y vuelta para disfrutar de un desplazamiento más largo que, según afirmaba, además ofrecía un variopinto paisaje entre paradas. Se refería al viaje que le proporcionaba un tren de Cercanías imaginario cuyo trayecto discurría desde la cabecera del corredor principal hasta Fuenlabrada Central, estación que acompaña las idas y venidas de quienes cruzan los muros del hospital.

Allí donde la **salud** se mide en constantes vitales y también en gestos diminutos, se detenía a ajustar un viejo reloj redondo de agujas, marca Cándido Valverde, cuyos mecanismos —decía él con orgullo— habían acompañado durante décadas a estaciones y hospitales como el nuestro: *el “Fuenla” de todos*. Porque Juan era un hombre amante

de la puntualidad y vaya si le llevaban los demonios cuando el tic-tac del dichoso reloj se retrasaba.

Mi servicial viajero era además profundamente analítico. Se fijaba en detalles que otros pasaban por alto: el escalón del vestíbulo desgastado por miles de pisadas, o el balaustre de latón erosionado por incontables agarres. Tal vez por eso alguien podría tacharlo de insano, pero yo conocía de cerca los estragos de la ansiedad y nada de aquello me sorprendió.

El caso es que cuando Juan perdía los nervios y planteaba su congoja a grito pelado por el fatal desenlace que se avecinaba, yo le susurraba que, aun desde lejos, uno puede sentirse unido a los suyos con más fuerza que nunca.

Así lo habían dispuesto el cosmos, la naturaleza, la Madre Tierra y Dios.

Mis convicciones religiosas no admitían discusión. Otros pequeños debates, sin embargo, eran harina de otro costal. Por ejemplo, mientras compartíamos a escondidas un cigarrillo en el almacén discutíamos acaloradamente sobre asuntos tan trascendentales como la conveniencia del casamiento de la hija del Marqués de Chapinero en aquella telenovela colombiana de sobremesa.

Para cuando Juan perdió definitivamente a su madre, dejó de hervir sus manos en el lavabo. Supo aparcar *in situ* un duelo que ya había vivido anticipadamente, en silencio y con vergüenza. Alcanzó una presencia de ánimo que procuró sostener con sobriedad en los pasos venideros de la vejez.

En mi fe quiero creer que madre e hijo traspasaron las fronteras del tiempo y el espacio; que, de algún modo, la naturaleza los acogió sin estridencias; que, finalmente, se disolvieron en la savia secreta del mundo, hechos testigos mudos de cada nuevo amanecer.